

Inculturación de la catequesis

ENRIQUE GARCÍA AHUMADA

1. ¿Por qué hace falta inculturar la catequesis?

1º La catequesis no se inculturó en América en la primera evangelización

La catequesis realizada en la cristianización de América fue trasplantada de Europa, en traducción literal, sin adaptación a la mentalidad indígena¹. Hubo inculturación de la catequesis en algunos casos, que no fueron escritos sino experiencias de personas como el Beato José de Anchieta en Brasil, San Francisco Solano en el norte argentino y Perú, y muy pocos más. Debe agregarse la interesante experiencia de los llamados "pueblos de indios", organizados en México por el abogado laico Vasco de Quiroga y extendidos a algunos lugares del Perú y al Paraguay, en que una comunidad religiosa vivía en medio de un pueblo dedicado a mantener un hospital con relativo autogobierno, donde la fe animó el modo de vivir de la comunidad indígena, como hemos visto en la película *La misión* de R. Joffé. Sin catecismos inculturados, los catequistas religiosos en su diálogo diario realizaban la inculturación de la fe en la vida local.

¹ Documentación en mi tesis sobre *Comienzos de la catequesis en América y particularmente en Chile*, Santiago, Seminario Pontificio de los Santos Ángeles Custodios, 1991. Discuto expresamente la *Inculturación en la catequesis inicial de América en Anuario de Historia de la Iglesia* (1994).

2º La Conferencia de Santo Domingo² considera indispensable en la Nueva Evangelización inculturar la catequesis

Después de 500 años de cristianización:

«Se da un divorcio entre fe y vida hasta producir clamorosas situaciones de injusticia, desigualdad social y violencia» (SD 24).

«La catequesis no llega a todos y muchas veces llega en forma superficial, incompleta en cuanto a sus contenidos, o puramente intelectual, sin fuerzas para transformar la vida de las personas y sus ambientes» (SD 41).

«Pocos asumen los valores cristianos como un elemento de su identidad cultural... Como consecuencia, el mundo del trabajo, de la política, de la economía, de la ciencia, del arte, de la literatura y de los medios de comunicación social no son guiados por criterios evangélicos. Así se explica la incoherencia entre la fe que dicen profesar y el compromiso real en la vida» (SD 96).

Frente a esta carencia, nuestros obispos se han comprometido:

«Animados por el Espíritu Santo nos disponemos a impulsar con nuevo ardor una Nueva Evangelización, que se proyecte en un mayor compromiso por la promoción integral del hombre e impregne con la luz del Evangelio las culturas de los pueblos latinoamericanos» (SD 1).

Si la Nueva Evangelización se caracteriza por un nuevo ardor, que viene del Espíritu Santo, y además por una nueva expresión y por nuevos métodos, estas dos condiciones vienen sobre todo de la inculturación.

² IV CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO. *Nueva Evangelización, Promoción Humana, Cultura Cristiana. Jesucristo ayer, hoy y siempre.* Santo Domingo, 1992. Se abrevia: SD.

2. ¿Qué es inculturar la catequesis?

Es prolongar hoy dos tareas que Jesucristo realizó:

- 1) **Inculturar la fe**, o sea, encarnarse en el modo de vida de su pueblo, salvo en el pecado, y desde su identidad promover su salvación y liberación integral (ver *SD* 243).
- 2) **Evangelizar la cultura**, es decir, «transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes ... las fuentes inspiradoras y los modelos de vida» (*EN* 19). Es suscitar «una conversión que pueda ser base y garantía de la transformación de las estructuras y del ambiente social» (*DP* 388; *EN* 18). Hacerlo «no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces» (*EN* 20).

La palabra inculturar es nueva, y tiene el mérito de atraer nuestra atención a un aspecto capital del ministerio de la Palabra realizado por Jesús, modelo para los catequistas.³

1º Jesucristo es el hijo de Dios que se hizo hombre (Jn 1, 14), israelita cumplidor, de acento galileo (Mt 26, 75) y conocido como nazareno (Mt 2, 23; 21,11)

Nació de una mujer (*Ga* 4, 4). Tomó la condición de los más pobres y tuvo que ver la luz en un establo (*Lc* 2, 7). Sufrió exilio por celos de poder del rey Herodes (*Mt* 2, 13), pasó treinta años de vida oculta en la «Galilea de los paganos» (*Mt* 4, 15), fue carpintero como su

³ Ver E. GARCÍA AHUMADA, *Dimensión catequética de la inculturación*, en *Medellín* 61 (1990) 17-56.

padre adoptivo (*Mc* 6, 3) encarnándose tanto que sus propios vecinos y parientes no le querían creer, lo cual es un riesgo ante el cual él mismo nos previene diciendo que «un profeta sólo es despreciado en su pueblo y en su casa» (*Mt* 13, 57); en su vida pública se preocupó primero por las ovejas perdidas de Israel (*Mt* 15, 21-28) y se lamentó por la infidelidad de la capital de su país (*Mt* 21, 37-39); fue mendicante con sus apóstoles, escogidos de preferencia entre los pescadores del norte, en la despreciada Galilea.

Desde niño practicó Jesús con María y José la piedad popular de Israel: ellos tenían gran respeto por los ángeles (*Lc* 1,29; *Mt* 1,24; *Lc* 2,17-19); iban todos los años a Jerusalén por la fiesta de Pascua (*Lc* 2, 41).

Al salir a su vida pública Jesús pide el bautismo de Juan como los israelitas piadosos del momento (*Mt* 3, 24), y sufre tentaciones como todo mortal, aunque las vence apoyándose en la palabra de Dios (*Mt* 4, 1-11). Paga la contribución al templo como los buenos creyentes, aunque sabe bien que como Hijo de Dios no está obligado (*Mt* 17, 24-27). Lloró la muerte de su amigo Lázaro (*Jn* 11, 35).

Jesús respeta las formas de devoción de los sencillos: deja que le toquen la ropa para sanar (*Mt* 14, 36), impone las manos para bendecir niños (*Mt* 19, 13-15).

Enseña descubriendo signos de la presencia y acción de Dios en la naturaleza, por ejemplo, los árboles sanos y apestados (*Mt* 12, 30), en las siembras y cosechas (*Mt* 13, 3-8), en los pájaros que hacen nidos (*Mt* 13, 32), en el brillo del sol (*Mt* 13, 43), en el funcionamiento del cuerpo humano (*Mt* 15, 17s), en los mancos, tuertos y cojos que son buenos (*Mt* 18, 8s).

También como catequista Jesús muestra las cosas de Dios a través de sus observaciones de la convivencia social en los juegos de los chicos en las plazas (*Mt* 11, 16-19), la obediencia vacilante de los hijos (*Mt*

21, 28-31), los jóvenes libertinos que se van de casa (*Lc* 15, 13), los buenos y malos trabajadores (*Mt* 24, 46-51), el modo de actuar de los maleantes (*Mt* 12, 29), las envidias entre vecinos en el campo (*Mt* 13, 25), los gobernantes tiránicos (*Mt* 20, 25), las guerras civiles (*Mt* 12, 25), la cortesía en los banquetes (*Mt* 22, 1-14), las damas de compañía previsoras e imprevisoras (*Mt* 25, 1-13), las mujeres que amasan pan (*Mt* 13, 33), los matrimonios que quieren separarse por cualquier motivo (*Mt* 19,3), las prostitutas arrepentidas (*Mt* 21, 32), el arriendo de campos (*Mt* 21, 33-41), los tesoros enterrados (*Mt* 13, 44), los mercaderes de joyas (*Mt* 13, 45), los recuentos de haberes que hacen los dueños de casa (*Mt* 13, 52), el barrido de casa para encontrar dinero perdido (*Lc* 15, 8), los contratos de jornaleros y el desempleo (*Mt* 20, 1-7), los encarcelamientos por deudas (*Mt* 18,30), la esclavitud (*Mt* 20, 27), los depósitos bancarios (*Mt* 25, 27)...

Más encarnado todavía en su catequesis, Jesús enseña el amor de su Padre Dios a los hombres sanando enfermos (*Mt* 4, 23s), multiplicando el pan repetidas veces (*Mt* 14, 13-21; 15, 32-38; 16, 9s), perdonando a cuantos se le acercan arrepentidos. Come con funcionarios de impuestos que tenían mala fama, para sanarlos con su enseñanza (*Mt* 9, 11-13). Entra a la capital en triunfo con signos claros de humildad y pobreza (*Mt* 21,1-11). Entrega su vida «*hasta el fin*» (*Jn* 13, 1) en la cruz, sin olvidarse de dejar a su madre al cuidado de un discípulo, encargándole a ella tratarlo como hijo (*Jn* 19, 25-27).

2º Jesucristo evangelizó las personas y sus culturas

Jesús reprende a Pedro por su mentalidad de no aceptar el dolor ni la muerte como parte del plan de Dios (*Mt* 16, 21-24) y le hace ver la fragilidad de sus promesas (*Mt* 26, 31-35.40s). Al joven que dice haber cumplido siempre los mandamientos le propone dejarlo todo para seguirlo (*Mt* 19, 16-21). A la mujer de Zebedeo le presenta la autoridad como servicio abnegado y no como búsqueda de privilegios (*Mt* 20, 20-28).

Acepta toda la enseñanza de la ley y los profetas de Israel, pero la lleva hasta sus últimas consecuencias (*Mt 5, 17-19*): llama a cambiar no sólo el comportamiento sino hasta la intenciones íntimas (*Mt 5, 28*) y a hacer el bien no sólo sin ostentación sino en secreto (*Mt 6, 2-6.16-18*); lleva el amor hasta los que nos dañan y persiguen (*Mt 5, 43-47*); subordina el sábado a la misericordia con personas y animales (*Mt 12, 1-13; Mc 2, 23-28*); da más importancia que a la familia a cumplir la voluntad de Dios (*Mt 12, 46-50*), y más que a las obras sociales, a la relación personal con él (*Mt 26, 6-13*). Afirma que la mentalidad de los ricos pone en peligro su salvación (*Mt 19, 23-26*).

Cambia los criterios de felicidad por otros nuevos basados en el reinado de Dios (*Mt 5, 3-12; 6, 33*). Ayuda a distinguir lo durable y lo pasajero (*Mt 24, 1s*). Orienta el afán posesivo a juntar tesoros en el cielo (*Mt 6, 19-21*) hasta el punto de dejarlo todo por su causa (*Mt 19, 29*). Cambia el apego a la vida por la aceptación de la cruz hasta perder la vida terrenal por alcanzar la eterna (*Mt 10, 38s*).

Para Jesús renovar la cultura exige una vida nueva, que hoy llamamos ética. Proclama que la renovación del mundo requiere una manera pura de vivir, rechazando «*los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios y las injurias*» (*Mt 15, 19*). Reconoce que siempre habrá quienes sean causa de pecado para otros, pero los amenaza con la condenación (*Mt 18, 7*). Enseña esa vida nueva hasta con una acción tan enérgica como la expulsión de los mercaderes del templo (*Mt 21, 12s*).

Jesús no acepta todas las mentalidades. Rechaza a los que le piden actos espectaculares (*Mt 16, 1-4*) o lo critican injustamente (*Mt 21, 14-17*). Alerta a sus discípulos contra los grupos que enseñan falsedades y lo persiguen poniéndole trampas (*Mt 16, 1.6.12*), además de que él mismo evita perder tiempo con ellos (*Mt 21, 23-27; 26, 59-63; 27, 11-14*). Cuestiona el ansia de milagros de la mentalidad judía (*Mt 12, 38-40; 16, 1-4*). Critica el escuchar enseñanzas sin pensarlas, la

inconstancia cuando sobrevienen problemas, o el predominio de las mezquinas preocupaciones mundanas (*Mt 13, 18-23*). Contrasta las tradiciones humanas exteriores con la adhesión de corazón a la voluntad de Dios (*Mt 15, 1-20*). Descalifica las solidaridades de grupo que no concuerdan con los deseos de Dios (*Mt 15, 12s*). Supera la creencia en fantasmas animando con su propia presencia (*Mt 14, 26s*). Corrige el nacionalismo israelita sanando a la hija de una cananea (*Mt 15, 28*), al criado de un soldado romano, multiplicando los panes en el lado pagano del lago de Galilea (*Mt 15, 29-39*), y suprimiendo toda discriminación nacional en el juicio final (*Mt 25, 32*). Confronta las creencias populares sobre el mesías con la revelación hecha por su Padre Dios (*Mt 16, 13-17*). Enfrenta las ambiciones de sus acompañantes exigiéndoles hacerse pequeños como los niños (*Mt 18, 1-4*). Sobrepassa el desencanto de los casados proponiendo la consagración exclusiva al reino de Dios (*Mt 19, 10-12*).

Denuncia la esterilidad de los sacerdotes judíos y de los fariseos en dar frutos para Dios (*Mt 21, 43-45*) y a pesar de su mala voluntad les enseña cómo deben actuar ante Dios (*Mt 21, 15-21*) y les corrige sus puntos de vista (*Mt 22, 34-40; 23, 13-36*) hasta dejarlos sin argumentos (*Mt 22, 41-46*). Luego explica a sus discípulos por qué su mentalidad está errada (*Mt 22, 1-12*). A los saduceos les demuestra la falsedad de sus doctrinas (*Mt 22, 23-33*).

3. ¿Cómo inculturar la catequesis?

En esta parte más directamente práctica de la reflexión tomaré como ejemplo para cada pauta de acción, una de las varias culturas existentes hoy en la arquidiócesis de Santiago⁴. Cada catequista

⁴ La explicación de algunos términos tomados de la antropología cultural, con su aplicación misionera, se encuentra en mi manual: *Antropología para personal apostólico*, Santiago, ONAC, 1981.

creativo puede aplicar una reflexión similar para las culturas que le corresponde evangelizar. Propongo diez pautas de acción sugeridas por los documentos de la Iglesia. Con las debidas adaptaciones, las diez valen para cada una de esas culturas y otras que aquí no se alcanzan a mencionar. Son pistas para que cada uno inculture su catequesis.

- 1) *Compartir* con amor como miembro del grupo humano la vida cultural, social, sus tradiciones locales y religiosas y solidarizarse con sus problemas (AG 11; DP 397)

Supongamos un catequista de algún lugar rural de Colina, Espejo, Cerrillos o San José de Maipo. Necesita integrarse con cariño a las actividades de los pequeños productores o comerciantes, a la junta de adelanto, a las exposiciones florales o avícolas o artesanales, a las fiestas locales y a las iniciativas de la escuela, del hospital o de los bomberos, no como visita sino como un vecino más, preocupado del bien común, sintiéndose tal como si Jesús continuara allí hoy su vida oculta de servicio a su Padre en los hermanos.

- 2) *Conocer* la sabiduría del grupo social con que se trabaja, los aspectos más decisivos de su manera de vivir (CT 53), y hacia dónde va el movimiento general de esa cultura (DP 398)

¿Cómo lo hará un catequista de párvulos o de niños de educación básica? La subcultura infantil está vinculada a la cultura tradicional o popular de las familias y a otras culturas activas en nuestros ambientes. Su catequista necesita descubrir la capacidad de los niños para maravillarse ante la verdad, para apreciar lo que está bien y lo que está mal, para encantarse con lo bello de la naturaleza o de las distintas formas de arte a su alcance. Conocer las principales alegrías y sufrimientos de esos niños en sus familias. Necesita estar alerta a los factores que puedan traer cambios importantes a su actual vida de niños felices o tensos y tristes.

- 3) *Respetar* y llevar a la plenitud de Cristo todo lo justo, noble y bueno de la cultura o mentalidad de ese ambiente social, especialmente «*los elementos válidos de la piedad popular*» (CT 54)

Los miembros de cada sector social se ufanan de ciertos valores que de algún modo los identifican y animan. Los valores sacros son considerados intocables y merecen máxima consideración. En el velatorio de un difunto es bienvenido un crucifijo o un cuadro religioso ante el cual se puede orar en silencio, también una Biblia expuesta o leída, un rosario exhibido o rezado; nadie interrumpirá esos actos en la sala mortuoria, en el autobús o en el cementerio. Persignarse al pasar frente a un templo o a una animita caminera será reconocido como gesto solidario con los creyentes sencillos del lugar. Las novenas en caso de enfermedad o desempleo, y aun las misas en momentos solemnes de la comunidad, son prácticas que al catequista no corresponde despreciar sino motivar y orientar. El Espíritu de Jesucristo obra a través de esos recursos religiosos al alcance de los no muy letrados en la fe. El catequista sigue las huellas de ese Espíritu para crecer con ellos hasta la plenitud del Hijo de Dios.

- 4) *Discernir* lo que es conforme al Evangelio en las personas y colectividades para apoyarlo y «*superar los puntos deficientes o incluso inhumanos que hay en ellas*» (CT 53)

La cultura audiovisual de masas está presente a diario en nuestro entorno. Entrega pasatiempo emocionante, información útil y fútil, ilusión de participar en la vida actual al menos en forma imaginaria, y tentación con diversas ofertas. El catequista puede acostumbrarse a evaluar y a hacer evaluar los mensajes de los medios de difusión al menos con tres preguntas claves:

- 1) ¿Es esto verdad o falsedad?
- 2) ¿Es esto bueno o malo?
- 3) ¿Está esto de acuerdo o contra el Evangelio?

- 5) *Atestiguar* con la vida el amor de Dios, único Señor, recibido por medio de Jesucristo para darlo generosamente al mundo (AG 11; DP 405)

Un catequista puede verse en Lo Curro o en La Dehesa o en un edificio céntrico sumergido en una cultura postindustrial de personas con alto grado de información y comunicación electrónica y de recreación moderna. Además de dar los pasos anteriores de compartir, conocer, respetar y discernir los rasgos y complejos culturales de ese ambiente, necesita ser una presencia humilde, pero convencida de Jesucristo y de la comunidad eclesial que lo ha enviado allí. Ha de sentirse responsable de hacer presente el Evangelio en forma constante, decidida y, en lo posible, grata. El testimonio de una persona y sobre todo de una comunidad que vive para Dios es la aguja de penetración indispensable en una cultura, lo único capaz de iniciar el vuelco de las personas y de la colectividad en sus criterios y prioridades, en sus costumbres y preferencias. Así como los gustos de una colectividad no evolucionan sino con nuevas experiencias estéticas, la moral colectiva no cambia con textos solos, sino con las prácticas de personas y comunidades que transmiten criterios virtuosos y actitudes santas.

- 6) *Compaginar* la presentación del Evangelio con el saber y aspiraciones de la gente, y mostrar su originalidad que supera todas las culturas (DCG 5)

La cultura científico-técnica y humanista moderna y postmoderna se presenta como un modo de vivir dominando la naturaleza y los problemas humanos, que se aprende en la escuela de nivel elemental, medio o superior mediante los programas oficiales, y en las demás agencias culturales de mayor dinamismo tales como los centros de creación artística o de investigación científica y filosófica de la ciudad. Un catequista que actúa en ambiente escolar, universitario o profesional, además de compartir, conocer, respetar, discernir y atestiguar,

necesita presentar la revelación salvadora de modo aceptable para quienes cuentan con los demás modos avanzados de conocer, de apreciar y de realizar cosas. No es extraño que la fe religiosa sea rechazada en los grupos de mayor escolarización si sus portadores no muestran solvencia cultural para ejercer allí su ministerio. Ante el afán de saber, de resolver problemas, de relacionar experiencias, de criticar situaciones que caracteriza a los sectores formados en las ciencias y técnicas actuales, un catequista debe prepararse competentemente para participar con sus colegas profesionales o con sus catequizandos en reflexiones interdisciplinarias sobre graves problemas actuales con el fin de mostrar la vigencia actual de la fe cristiana. Por lo demás, podrá mostrar cuantos problemas humanos no encuentran respuesta en la ciencia ni en la técnica ni en las corrientes artísticas o puramente humanistas pero sí en Jesucristo.

7) *Comunicarse* según la mentalidad, carácter y maneras de los oyentes (*SD 30*)

Los discapacitados tienen una cultura propia, es decir, un modo de pensar, de sentir y de actuar que los caracteriza. Los catequistas diferenciales necesitan no sólo compartirla, conocerla, respetarla, discernir sus valores y antivalores, atestiguar en ese medio el amor gratuito de Dios a toda persona y presentarlo de manera compatible con los conocimientos y aspiraciones de esos interlocutores; además han de mantener contacto con sus pensamientos, sentimientos y anhelos. Tal como en esta cultura o mentalidad colectiva, esa comunicación apropiada es posible en cualquier otra.

8) *Preparar* para vivir como cristianos católicos en medio de variadas religiones, de indiferencia religiosa y de visiones no religiosas o antirreligiosas de la vida (*DCG 5*)

Lo que en la Conferencia de Puebla se llamó cultura adveniente (*DP 421*) se caracteriza entre otras cosas por el pluralismo, es decir, por

la coexistencia en la misma sociedad, de variadas maneras de interpretar la vida, la muerte, la convivencia colectiva. El catequista actual necesita proponer convicciones y adhesiones tan bien fundadas, que capacite a los nuevos cristianos para mantenerse fieles y en paz en un mundo donde compiten diversas religiones antiguas o nuevas, personas indiferentes a Dios por diversas razones y militantes del ateísmo o de la neutralización de la Iglesia. Un entorno tan adverso como el decadente imperio romano de la época apostólica, pero equipado con poderosos medios de persuasión, requiere no sólo de alguna fuente de referencia doctrinal segura, sino también de comunidades de fe viva a las cuales el catequista enseñe a integrarse, de hábitos de oración y celebración litúrgica significativos para dar sentido a lo cotidiano y a lo histórico, y de compromisos de servicio constante y eficaz a los necesitados. De lo contrario, nuestra catequesis no estará inculturada en nuestra época.

- 9) *Animar* a transformar las instituciones y estructuras según el Evangelio y la doctrina social de la Iglesia (SD 98; 229)

Existe una cultura de los ambientes pobres, donde las personas carentes de bienes y de trabajo bien remunerado despliegan tácticas propias de supervivencia, sus modos de relacionarse y de tratarse, costumbres características, aunque varían en áreas rurales, suburbanas, de aglomeraciones céntricas tugurizadas o en enclaves míseros de sectores opulentos. Esa cultura de la pobreza además evoluciona en el tiempo, como todas las culturas.

El catequista presente en alguno de esos sectores mayoritarios de nuestra sociedad, además de dar los pasos de encarnación ya señalados, ha de ser un factor de transformación de personas y situaciones por el Evangelio, nunca de perpetuación de la injusticia. No puede conformarse con transmitir consignas ni frase hechas, sino reflexionar creativamente en su comunidad eclesial que exige la fidelidad al Señor, tomando en cuenta las verdaderas necesidades y posibilidades

para lograr el mayor bien colectivo con el menor costo social (OA 4). Su catequesis tendrá siempre una proyección social, tal como su oración y su actividad diaria.

- 10) *Despertar creatividad* para hacer surgir de las propias características del grupo «*vivas expresiones originales de vida, de celebración y de pensamiento cristianos*» (CT 53)

Los jóvenes tienen una subcultura propia, debido a que buscan identificarse por contraste con la tradición, con la cual mantienen comunicación sin formar cultura aparte. Buscan distintivos en su presentación personal, en su lenguaje verbal y no verbal, en sus entretenimientos y gustos, en las actividades en que pueden destacarse.

El catequista adulto, a diferencia del monitor joven, no puede ni necesita compartir totalmente el modo de vida juvenil, por lo cual siempre será sentido como un externo, aunque puede ser cercano, aceptado y apreciado. Valga este ejemplo, como podrían darse otros de diferencia de sexo o de etnia y otros que también originan diferencias culturales entre catequista y catequizados, para afirmar que la inculturación no necesita la identificación sociológica total, bastando la unión por el amor, que es el principio supremo del discípulo de Jesucristo.

Los catequistas adultos de los jóvenes necesitan dar con sensatez todos los demás pasos de la inculturación de la catequesis: conocer la sabiduría, problemas y tendencias de los jóvenes, respetar sus valores auténticos, discernir sus virtudes y pecados, atestiguar ante ellos el amor exigente de Dios, compaginar su presentación del Evangelio con los anhelos juveniles, comunicarse en sintonía con sus lenguajes aunque deban sufrir pacientemente las dificultades de todo extranjero, educar con decisión hacia la madurez cristiana, animar la transformación cristiana del ambiente juvenil en que actúan. La inculturación de la catequesis da signos de madurez cuando del propio mundo juvenil

surgen iniciativas benéficas, apostólicas, expresivas, litúrgicas, reflexivas o vocacionales animadas por la fe y la pertenencia eclesial.

Un alerta final

La inculturación de la catequesis es un deber de fidelidad al misterio de la encarnación salvadora de los hombres, pero no es garantía de éxito infalible. Jesucristo tuvo un Judas y un fracaso de la cruz. Hemos de mejorar la calidad de nuestra catequesis para estar a la altura de lo que exige nuestro tiempo. Pero no existe promesa publicitaria de triunfo competitivo ni de premios que halaguen nuestras tendencias individualistas y hedonistas. El discípulo de Cristo no busca el grito inmediato y visible, sino que vive en la fe, en la esperanza y persiste aun en la ingratitud por el amor.